

El Hijo  
de la Sra. Glenn

Edith Wharton

*Traducción de Susana Carral*



# I

CUANDO VI A LA SRA. DE STEPHEN GLENN en la cubierta del *Scythian* no la reconocí.

Había transcurrido ya más de la mitad del viaje y contábamos con llegar a Cherburgo al cabo de cuarenta y ocho horas cuando apareció en cubierta y se sentó a mi lado. Estaba tan hermosa como siempre y no aparentaba ni un solo día más que la última vez que la había visto —hacia el fin de la guerra, en 1918 debió de ser— no mucho antes de que mataran a su único hijo, el aviador. Sin embargo ahora, cinco años después, la miraba como si fuera una desconocida. ¿Por qué? Desde luego no se debía a su cabello blanco. Había tenido la suerte, habitual entre las americanas, de encanecer mientras el rostro al que enmarcan las canas sigue siendo joven, y una decena de años antes, cuando solíamos

coincidir en las cenas o en la ópera, aquella diadema de plata ya la coronaba. Al fijarme mejor comprobé que su rostro seguía intacto. Entonces ¿por qué estaba tan cambiada? Tal vez fuese la tenue arruga de preocupación que se apreciaba entre sus cejas oscuras y muy marcadas; o la firmeza de sus ojos, aquellos ojos oscuros, iluminados por las estrellas, que parecían haberse hundido más bajo los párpados y asomar tras el arco de una caverna como un atisbo de la noche. Pero ¡la comparación resultaba demasiado sombría para unos ojos tan tiernos como los de Catherine Glenn! Sin embargo, era lo que de inmediato sugería aquella dama vestida de luto riguroso que se había sentado a mi lado y que se dirigía a mí diciéndome:

—Así que no me conoce, señor Norcutt. Soy Catherine Glenn.

Resultaba tan evidente que no lo negué y añadí:

—Pero ¿cómo es posible? No lo entiendo. ¿Se molestaría si le digo que creo que ha sido porque está incluso más hermosa que cuando la vi por última vez?

Me respondió con total sencillez:

—No, no me molesta, porque así debería de ser. Bueno, si esto tiene sentido.

—¿Sentido?

Pareció dudar. Siempre le había costado encontrar las palabras adecuadas.

—Si la vida tiene sentido. Verá, desde que no nos vemos lo he perdido todo: mi hijo y mi marido. —Inclinó la cabeza ligeramente, como si las palabras pronunciadas fueran sagradas. Luego, con aire de esforzarse por resultar escrupulosamente precisa, añadió—: O casi todo.

Ese “casi” me desconcertó. Que yo supiera, la Sra. Glenn no había tenido más hijos que el que había perdido en la guerra; y el anciano tío que la criara había fallecido unos años antes. Me pregunté si, al matizar su soledad de esa forma, aludiría al consuelo que ofrece la religión.

Murmuré que sabía lo de su doble pérdida y me sorprendió aún más al decir:

—Sí; lo vi en el entierro de mi marido. Siempre había querido agradecerle su asistencia.

—Cómo no iba a asistir.

Siguió diciendo:

—Me fijé en todos los amigos de Stephen que acudieron. Les agradecí mucho que así lo hicieran, sobre todo a los más jóvenes (aquello iba dirigido a mí). Verá, un sepelio supone un consuelo muy grande —añadió.

De nuevo mis ojos expresaron sorpresa.

—Mi hijo, mi hijo Philip (¿por qué le parecía necesario mencionar su nombre, teniendo en cuenta que era su único hijo?)... El entierro de mi hijo Philip tuvo lugar donde su avión había caído: en una pequeña aldea junto

al río Somme. Su padre y yo acudimos inmediatamente después del armisticio. Lo ofició un capellán de nuestro Ejército. Asistieron los habitantes de la aldea... fueron tan amables con nosotros... Pero no había nadie más, ningún amigo; por entonces sólo proporcionaban pases a los parientes más próximos. Nuestro hijo lo hubiese querido así... habría preferido permanecer en el sitio donde había caído. Pero sentirse rodeado de los amigos es otra cosa, como me sentí yo en el entierro de mi esposo.

Mientras hablaba mantenía los ojos tan intensamente clavados en los míos que casi me encontraba violento. Jamás se me había ocurrido pensar que la Sra. de Stephen Glenn fuera de esa clase de mujeres que dan importancia a la lista de asistentes al entierro de su marido. Siempre había parecido distante, abstraída, aislada del mundo tras los elevados muros de su feliz vida hogareña. Pero al añadir aquel nuevo rasgo de su carácter a los fragmentos de información que había reunido, relacionados con su llegada a Nueva York, y a la impresión poco precisa que solía provocar en mí cuando nos encontrábamos, empecé a comprender que, quizás, lo único importante para ella fueran las listas de asistentes. Me pregunté qué sabía en realidad sobre aquella mujer. Comprendí que muy poco; sin duda sólo lo que ella deseaba que supiera. Porque mientras escuchaba su voz, entreviendo fugazmente su perfil ensombrecido por el

crepón, empecé a sospechar que lo que me había parecido una sencillez bastante insulsa podría ser la cautela de una persona reservada; o quizás de una persona que guardaba un secreto. Hay un mundo de diferencia entre ambas, porque la persona reservada pocas veces resulta interesante y casi nunca guarda un secreto. Me sentí inclinado a incluirla en el otro grupo, aunque nada de lo que se sabía sobre ella lo justificase.

Hice memoria de los años que duraba nuestra intermitente relación; no había sido más que eso: nunca había conocido bien a los Glenn. Ella había llegado a Nueva York cuando yo era muy joven, en la década de 1890, una hermosa chica de Kentucky o Alabama, sobrina del anciano coronel Reamer. Se había quedado huérfana y sin un centavo cuando aún era casi una niña, y había pasado de un pariente reacio a otro hasta que, al final (según la leyenda), se hizo actriz y siguió a una compañía de cómicos de la legua por todo el continente. El director había abandonado a su troupe en algún estado remoto y el coronel Reamer, fatuo, sin dinero y totalmente confuso en cuanto a cómo manejar la situación, se enfrentó a ella valientemente, librándose de su egoísmo de soltero y acogiendo a la joven en su casa. Semejante pasado, aunque ahora no parezca gran cosa, en los 90 resultaba agitado y aportaba una pizca de encanto y misterio a la hermosa Catherine Reamer, que parecía distante y dis-

tinguida pero había sido arrancada de semejantes promiscuidades y peligros.

El coronel Reamer era un anciano ridículo. Todo en él resultaba ridículo: su bisoñé (probablemente fuese imposible encontrar otro como aquel), su impreciso título militar, sus anécdotas sobre la caballerosidad sureña y los duelos entre otros caballeros con títulos militares e intereses civiles, y todo el pavoneo obsoleto de un personaje sacado del *Martin Chuzzlewit* de Charles Dickens. Era el pelmazo famoso de Nueva York, sólo tolerado por ser primo segundo de la Sra. de Fulanito de Tal, por ser pobre, por ser amable y porque, a pesar de su pobreza, había logrado cobijar y vestir a su hambrienta sobrina, todo ello con una sonrisa y gesto alegre. Recordé que el anciano Reamer siempre había sido un apasionado de las listas de nombres, de ver el suyo en los “ecos de sociedad” de los periódicos, de compartir los de aquellos con quienes había cenado, o con quienes no había podido cenar por haberse comprometido previamente con otros aún más importantes. Los jóvenes lo llamaban “El viejo compromiso previo” por las ansias que siempre mostraba de hacer saber a quien fuera que, si no había asistido a una fiesta en concreto, era porque ya tenía un compromiso previo con los organizadores de otra.

Pensé que la Sra. Glenn podría haber aprendido de su tío a darle importancia a los nombres, a las listas de

nombres, a la presencia de determinadas personas en determinadas ocasiones, a una conveniencia social capaz de consagrar incluso la muerte. El perfil que estaba a mi lado, tan puro como el mármol e igual de triste, no traslucía dichas preocupaciones; tampoco la mirada profunda e implorante que me dedicó, aunque muchos otros detalles sí encajaban en aquella teoría.

Incluso su matrimonio con Stephen Glenn parecía confirmarla. Hice memoria y empecé a reconstruir a Stephen Glenn. Era considerablemente mayor que yo y había sido una presencia familiar al principio de mi estancia en Nueva York: un hombre convertido en figura decorativa de la sociedad, que presentaba el aspecto preciso que debía presentar, que hablaba, se comportaba, recibía a sus amigos, ocupaba su espacio en la escena social exactamente como su mundo esperaba que lo hiciera. Cuando aún era joven, las viejas damas desconcertadas por algún problema social (había muchos en aquellos tiempos draconianos) consultaban a Stephen Glenn como si fuera uno de los Ancianos de la comunidad. Sin embargo, en él no había nada que resultase precozmente rancio o lacónico. Fue uno de los hombres más apuestos de su tiempo, buen tirador y estrella de los bailes de presentación en sociedad. Ejerció la abogacía y llegó a ser socio de un conocido bufete que principalmente se ocupaba de gestionar las viejas y agotadoras



fortunas de Nueva York. Con el tiempo, las ancianas que le habían consultado sus cuestiones sociales empezaron a solicitar su consejo a la hora de invertir: también lo consideraban fiable en dichos asuntos. Sólo una cosa ensombreció los primeros años de su vida adulta. Se había casado con una prima lejana, una de esas mujeres que se mantienen en segundo plano y que no consiguió darle hijos; al final (se dijo que precisamente por eso) cayó en una depresión con tendencia al suicidio. De manera que durante unos cuantos años debió resultar muy duro regresar todos los días al hogar de Stephen Glenn, que tan hospitalario y acogedor había sido. Pero al final ella murió y, después de una espera decente, el viudo se casó con la Srta. Reamer. Nadie se sorprendió demasiado. Se había comentado que el apuesto Stephen Glenn y la hermosa Catherine Reamer se atraían; y aunque las ancianas opinaban que él podía haberse casado mejor, algunos de los más mordaces afirmaban que no podía haber hecho otra cosa, después de conseguir que la sobrina del coronel Reamer “se hiciese notar” tanto. Las atenciones de un hombre casado, sobre todo si tenía problemas en su matrimonio y se encontraba prácticamente separado de su mujer, en aquellos tiempos podían hacer peligrar el futuro de una joven. Pero Catherine Reamer superó todas aquellas insinuaciones, como había remontado los peligros de su aventura teatral. Bastaba mirarla

para comprender que en aquella suave superficie mármorea no había ni una sola grieta en la que la difamación pudiese echar raíces.

La casa de Stephen Glenn se abrió de nuevo y la pareja empezó a recibir de forma tranquila. A todo el mundo le pareció natural que Glenn quisiera darle un poco de vida a aquella casa que durante tanto tiempo había sido como una tumba; pero aunque las cenas de los Glenn ofrecían las mejores viandas y vinos cuidadosamente escogidos, ninguno de ellos tenía el don que convierte la hospitalidad en un éxito y, cuando yo los conocí, el círculo de los más jóvenes ya opinaba que cenar con ellos resultaba aburrido. Stephen Glenn seguía siendo apuesto, su esposa aún era bonita, incluso más que antes; pero daba la impresión de que la apatía de la prosperidad se había adueñado de ellos y lucían su belleza y afabilidad como esas prendas caras que se usan en las ocasiones especiales. En su aspecto había algo estático, inmutable, como lo había en su cortesía, su conversación, los menús de sus cenas, planificadas hasta el último detalle, el estudiado arreglo de los muebles del salón. Tuviron un niño, que nació al cabo de un año de matrimonio, y se convirtieron en padres afectuosos, dados a relatar extensas anécdotas sobre las actividades y respuestas de su hijo; pero nadie los imaginaba jugando con él en el suelo del cuarto de los niños. Alguien dijo

que seguramente se acostaban con las coronas puestas, como los reyes y las reinas de las barajas; y poco a poco pasaron de resultar distinguidos e impresionantes a que se los tuviera por acartonados, pretenciosos y ligeramente absurdos. Pero las ancianas seguían diciendo que Stephen Glenn era un hombre que siempre había honrado a su familia, y su mujer empezó a adquirir los atributos del esposo y a recibir consultas, como él, sobre los problemas sociales más insignificantes. Y durante todo ese tiempo —pensé mientras rememoraba— no pareció haber en sus vidas nadie con quien realmente intimaran.

Volvieron a resultar interesantes de repente. Fue cuando murió su único hijo, debido al ataque de un escuadrón alemán que lo sorprendió a cielo abierto, en solitario. El joven Phil Glenn fue el primer aviador americano derribado en combate. Cuando llegó la noticia, la gente pudo ver que el Sr. y la Sra. Glenn que habían conocido sólo eran una simple fachada tras la que se ocultaban un padre y una madre verdaderamente apasionados: destrozados, rebeldes, agonizantes, pero decididos a enfrentarse impávidamente a su pérdida, aunque les costase la vida.

Eso fue lo que le costó la vida a Stephen Glenn, casi dos años después. Los médicos atribuyeron su muerte a una enfermedad concreta, pero todo el mundo sa-

bía lo que realmente había ocurrido. “Ha sido la pérdida del hijo —decían. Y luego añadían—: Es terrible tener un solo hijo”.

No había visto a la Sra. Glenn desde el entierro de su marido; ni siquiera había vuelto a pensar en ella. Y ahora, cuando iba camino de aceptar un puesto en el Consulado norteamericano en París, me encontraba sentado junto a ella, recordando todo eso. “¡Pobrecitos! Es como si hubieran derribado dos bustos de mármol de sus pedestales y los hubieran hecho pedazos”, pensé, recordando los rostros del matrimonio tras la muerte del chico. “Y ella ha recibido el mismo golpe dos veces, pobre mujer... Sin embargo, dice que eso la ha hecho más hermosa...”. Y volví a perderme en toda clase de conjeturas.